

—«Después de la muerte de Sainte-Croix, dijo, la señora de Brinvilliers me envió un billete á Nuestra Señora de las Virtudes (1) rogándome que fuese á verla á Piquepuces. Así lo hice y la encontré muy encolerizada contra una mujer que no la había entregado á tiempo un billete del señor Pennautier, en el que este la avisaba de que querían hacerles cargo á los dos sobre el negocio de la cajita y que él se iba á pasar tres ó cuatro días en el campo.»

Briancourt añadió que se decía que Pennautier pagaba una pensión á Sainte-Croix.

Cuando Briancourt volvió á Nuestra Señora de las Virtudes, se encontró en su casa al procurador Lamarre y á un tal Dalanus, pariente de Pennautier. Estos dos hombres le dijeron, que habían hecho cuanto les había sido posible con la viuda de Sainte-Croix para que les entregase la cajita; pero la viuda había tenido pretensiones muy altas y Delanus parecía estar muy inquieto por Pennautier.

Al día siguiente había visto Briancourt á un tal Bocager, que tomaba mucho interés en este negocio por Pennautier, y aquel hombre, que era una especie de togado, le había dicho:—«En cuanto se hizo el descubrimiento, Mad. de Brinvilliers, se fué á casa de Pennautier, en donde no encontró sino á la mujer y á la suegra de este que la digeron mil picardías y la echaron de su casa.»

Briancourt dijo también, y esto debe oírse, que un tal Lavigne, magistrado, presidente, le había enviado á buscar y le había interrogado largamente con respecto á sus relaciones con Mad. de Brinvilliers y había concluido por preguntarle, si dándole dinero consentiría en declarar que Pennautier era cómplice de la marquesa.—«Pennautier, había añadido aquel hombre, es rico y puede dársele un buen golpe.»

Briancourt se había negado á cometer aquella infamia que tan natural le parecía al magistrado. Sin embargo, fué á sondear á Pennautier, á quien halló muy tranquilo sobre este punto que dijo no le causaba ninguna inquietud. Lavigne no quería nada menos que de 8 á 9,000 lises; no era mal negocio en verdad.

Por fin, Cluet, este hombre tan adicto á la viuda de Aubray que amenazaba á las gentes con quemarles la casa sino declaraban como él quería, también le había dicho á Briancourt:—«Es preciso hacerle aflojar la mosca á Pennautier y luego perderle.»

Parece, según todo esto, que si la conciencia de Pennautier no era de las que estaban más tranquilas con respecto al negocio de la cajita, tampoco faltaban alrededor del recaudador general una porción de pajarracos dispuestos á explotar su posición difícil, comprometiéndole á fondo en el proceso de Mad. de Brinvilliers, en el que parecía no figurar sino incidentalmente.

Interrogado Briancourt aquel mismo día por el procurador general en la Tournelle, se decidió como dice él mismo, á «descargar su conciencia» y á decir lo que sabía de Mad. de Brinvilliers, y estas no

(1) El pueblo de Aubesvillers.

fueron ya pequeñas porque Briancourt, que sea dicho de paso, se titula en los interrogatorios, *bachiller en teología y abogado*, declaró que:

«Habiendo ido á pasar las vacaciones al castillo de Sains, poco después de la muerte del consejero Aubray, una de las doncellas de la marquesa, llamada la Grangemont, le advirtió que desconfiase de su ama.» Esta mujer, le dijo, es una bribona peligrosa que tiene un mal comercio con Sainte-Croix; en sus ojos he conocido que está enamorada de vos, pero no os dejéis sorprender por sus caricias.» Pero nuestro joven se dejó seducir por estas y por la confianza que en él tenía la marquesa. Esta le dijo un día, entre otras cosas, que la muerte del consejero la había dado miedo; que estaba rendida de lo mucho que había habido que cuidarle y fastidiada de las visitas, sobre todo de las de las beatas.

Poco á poco llegó á hablar de veneno. «No se lo que es eso, la contestó Briancourt; en Francia no se habla de venenos, en Italia se los dan á las gentes en los guantes y en los ramilletes.»

La Brinvilliers contestó que no faltaban en Francia señoras que se servían del veneno; una entre otras, que después de haberlo hecho, se había retirado á un convento.

Briancourt, estando en París, oyó un día á la marquesa amenazar á su hija con el veneno; la niña tenía entonces unos diez y seis años. Su madre la envió á un convento en castigo de una falta, y cuando salió, dijo en alta voz, que si aquella joven seguía haciendo el tonto, se la entregaría á Sainte-Croix, que daría buena cuenta de ella.

Briancourt fue poco á poco ganando terreno en el corazón de la marquesa, y también poco á poco fue esta hablándole con menos rebozo de venenos. Él siempre escrupuloso de oírlo, la dijo:—«Señora, de estas cosas no se debe hablar nunca.»

—«¡Bah! le contestó la Brinvilliers, yo conozco tres señoras de categoría que han echado mano del veneno.»

Las relaciones entre Briancourt y la marquesa, constaban ya por la declaración de una señora de Villeray y él mismo confesó el hecho, no sin balbucear y ponerse muy colorado.

Esta declaración que la poseemos por estenso (1) nos hace ver á Briancourt como un joven bachiller tímido y gallardo que vive aun en compañía de los buenos padres de Nuestra Señora de las Virtudes, pero necesitado y con deseos de hacer fortuna. Su amigo Bocayer le coloca en una gran casa, rica y honrada en apariencia; y allí, mientras copia las listas del inventario de un consejero del Parlamento, después de la muerte de este, como mujer amable, una marquesa, le deja adivinar que un poco de galanteo no sería mal recibido. Una doncella antigua, una especie de dueña gruñona parapetada detrás de la muralla de una virtud quincuagenaria, le advierte el peligro para que se precava, pero los dulces ojos de la marquesa hablan más alto que la dueña, y el bachiller sigue aquella intriga que halaga sus sentidos de

(1) Colección de Thoisy, t. XIII.